

## Versiones ficcionales de Servando Teresa de Mier\*

Altamir Botoso\*\*

### Resumen

*En este artículo vamos a estudiar la recreación del fray dominicano José Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra (1763 – 1827) en dos novelas latinoamericanas: El mundo alucinante (1966), del escritor cubano Reinaldo Arenas (1943 – 1990) y La isla de Robinson (1982), del autor venezolano Arturo Uslar Pietri (1906 -2001). La ficcionalización del fray en el libro de Arenas, se reviste de una gran riqueza de matices, gracias al empleo del realismo mágico, de la utilización de tres narradores y de los recursos propios de la ficción post moderna, mientras el personaje recreado por Uslar Pietri se acomoda al modelo de la representación realista, pero, en ambos casos, los escritores ofrecen dos versiones plausible del religioso mejicano.*

### Palabras clave

*Servando Teresa de Mier; novela histórica; literatura latinoamericana; recreación ficcional.*

### Abstract

*In this article, we are going to study the recreation of domenican friar José Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra (1763-1827) in two latin american novels: El mundo alucinante (1966), by the Cuban writer Reinaldo Arenas (1943-1990) and La isla de Róbinson (1982), by the Venezuelan author Arturo Uslar Pietri (1906-2001). The friar's fictionalization, in the book by Arenas, assumes a great hue richness due to the use of magic realism, the presence of three narrators and own resources of post-modern fiction, while the character created by Uslar Pietri accommodates to the realistic representation but, in both cases, the writers offer two plausible versions of the Mexican religious.*

### Keywords

*Servando Teresa de Mier; historical novel; latin American literature, fictional recreation.*

---

\* Artículo recibido el 17/10/2011 y aceptado en mayo de 2012.

\*\* Magíster y Doctor en Letras por la Universidad Estadual Paulista Julio de Mesquita Filho. Profesor en el Curso de Letras y en la Maestría en Letras y en Comunicación de la UNIMAR.

*La historia del fraile se desgrana en mil historias porque esta personalidad inquieta, irónica y prodigiosa transforma cada hecho en acontecimiento, cada acto en historia, y cuando nada ocurre, él lo provoca.*

Carmen de Mora Valcárcel

JOSÉ SERVANDO TERESA DE MIER NORIEGA Y GUERRA nació el 18 de octubre de 1763, en Monterrey, Nuevo Reino de León, en Nueva España, actual México. Sobre su infancia en Monterrey poco se sabe. Bien joven entra al convento de los dominicanos. En 1779, con apenas 16 años, profesa en la Orden de Santo Domingo y reconoce en su *Manifiesto* (1820) que abrazó la carrera religiosa "por un voto imprudente hecho (en la niñez" (MIER, 1978, p. 366). Trece años más tarde, en 1792, recibe licencia para predicar sermones.

Dos años después (1794), él presenta un sermón en las Honras fúnebres a Hernán Cortés, conmemoración que anualmente organizaba la Cámara Municipal de Méjico. El 12 de diciembre de ese mismo año, Mier predica el sermón que se hizo famoso porque originó una serie de consecuencias que alteran radicalmente su vida. En el sermón realiza una crítica directa que condena la presencia de los españoles en América, juzgando realmente innecesaria su intromisión en tierras que ya eran cristianas antes de su llegada, con el objetivo, "de este modo desmontar y hacer insostenible la presencia española en este continente con el argumento de la cristianización" (PULIDO HERRÁEZ, 2004, pág. 92). El referido sermón fue pronunciado en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, en Méjico, en la presencia del arzobispo don Alonso Núñez de Haro (1730 - 1800) y de todas las corporaciones y autoridades de la ciudad.

En su discurso, el fray dominicano negó la tradición comúnmente aceptada por todos con la intención de exponer la verdad y "limpiar" las apariciones de la virgen de toda y cualquier falsedad. En el sermón, el apóstol Santo Tomás es convertido en Quetzalcóatl, dios de la mitología indígena, y Servando niega que la imagen de Guadalupe haya aparecido en la capa de un indio (Juan Diego) para argumentar que habría surgido en la capa usada por el apóstol en tiempos remotos, antes de la dominación española.

Mier se entromete en un asunto extremadamente serio, el de la religiosidad colectiva, y las consecuencias que tuvo confirman que el fray osó transgredir una creencia muy arraigada, osadía que le costaría muchos sinsabores. En 1795, él es preso en su celda, en el convento de Santo Domingo. El arzobispo Núñez de Haro lo condena a diez años de prisión en el convento de Las Caldas, obispado de Santander, en España

y también le prohíbe perpetuamente asumir cualquier cargo relacionado con la enseñanza pública. En marzo de ese año, es conducido preso al castillo de San Juan de Ulúa, en Veracruz. Después, en junio, es embarcado a Cádiz, donde queda libre hasta que una orden real exige su reclusión en Las Caldas. Él permanece encarcelado por un periodo de dos (02) años.

La prisión no lo detiene por mucho tiempo y, en 1796, Mier huye, iniciando una vida que será marcada por fugas espectaculares y constantes, ya que sus perseguidores no le darán tregua. Tiene inicio, de esta manera, un proceso sucesivo de fugas y capturas, las que culminarán con su muerte, el día 3 de diciembre de 1827, en un cuarto del palacio del presidente mejicano Guadalupe Victoria (1786 – 1843), donde fue invitado a residir como una forma de reconocimiento por sus acciones en pro de la independencia mejicana.

La preocupación dominante en toda su vida fue la independencia de las colonias americanas. Para él, lo más importante no era la forma de gobierno, sino la consolidación de la autonomía política de las colonias. Como se nota, el conjunto de las acciones históricas de Mier intenta una infinita gama de posibilidades interpretativas, que constituyen un vasto campo para la imaginación literaria. Observamos, a continuación, cómo eso se da en la novela de Arenas en comparación, inclusive, con la re-figuración del personaje histórico presente en la novela del escritor Arturo Uslar Pietri, *La isla de Robinson* (1982).

La vida del padre Mier, vale reiterar, ofrece un harto material para cualquier novelista. Es más, los hechos que él vivenció son tan extraordinarios que el fray se parece más a un personaje de ficción que un ser de existencia real, una vez que, según Enrique Anderson Imbert (1961, pág. 172), “si sus memorias son novelescas, puede discutirse: nadie discutirá que él, fray Servando, fue héroe de novela”. Fugas espectaculares, innumerables viajes, posiciones políticas en conflicto lo transforman en un hombre polémico e instigador, cuyo perfil le otorga la credencial, de antemano, de personaje ficcional. Se hace evidente, por lo tanto, que Servando Teresa de Mier es, en sí, un tema de excelencia, lo que se comprueba en la novela *El mundo alucinante*, de Reinaldo Arenas, que presenta una fuerte relación intertextual con dos textos autobiográficos del propio Servando, de acuerdo con lo que acentúa María Begoña Pulido Herráez (2004, pág. 85):

Reinaldo Arenas utiliza como referente los textos autobiográficos del dominico, [...] donde el fraile narra [su] vida marcada por la huida y el viaje [...]. La novela del

cubano es un palimpsesto, una escritura sobre el texto de la *Apología* y las *Memorias*.

Esos dos textos ofrecen las bases para el libro de Arenas y atestiguan la “rentabilidad” poética del personaje histórico y la de sus escritos para el universo ficcional.

En la contratapa de la novela *El mundo alucinante*, resumidamente, el lector se depara con la descripción del protagonista de la obra, fray José Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra (1763 – 1827), y su trayectoria llena de acontecimientos y aventuras:

El cándido, pícaro, aventurero y exaltado fray Servando Teresa de Mier, célebre personaje histórico convertido para la ficción en protagonista de [...] novela, fue un fraile mexicano de la orden de los predicadores que vivió a caballo de los siglos XVIII y XIX, por sus poco ortodoxas ideas sufrió persecuciones, destierros y dio numerosas veces con sus huesos en la cárcel. En sus incansables andanzas –incluso su cadáver fue trasegado de acá para allá–, recorrió, entre otros países, la España de Carlos IV y Godoy, la Francia de Chateaubriand y Madame Stäel, la Inglaterra de Lady Hamilton, Italia, Estados Unidos [...] y Cuba. No en vano, trascendiendo la simple biografía y haciendo una pirueta literaria [...], Reinaldo Arenas va tejiendo una auténtica novela de aventuras, como él mismo la subtitula, hasta otorgarle una dimensión fabulosa, casi mítica.

Al volver a visitar el pasado, Arenas rescata un personaje olvidado por la historiografía oficial y busca reivindicar y destacar su importancia para la liberación de las colonias americanas del yugo de la metrópoli española. Su intención se justifica porque, según Carmen de Mora Valcárcel (2011, p. 259), “perteneciente a la generación de la Independencia”, fray Servando Teresa de Mier surge en Méjico como “una de las figuras más apasionantes y olvidadas de la historia y la literatura hispanoamericanas”.

La propuesta de Arenas se pauta por el hecho que Servando Teresa de Mier es un personaje desconocido y una figura que la historia oficial relegó a una posición periférica y apagada, de acuerdo con lo que se lee en el prefacio de la novela:

Desde que te descubrí, en un renglón de una pésima historia de la literatura mexicana, como “el fraile que había recorrido a pie toda Europa realizando aventuras inverosímiles”, comencé a tratar de localizarte por todos los sitios. [...] Fui a embajadas, a casas de cultura, a museos, que, desde luego, nada sabían de tu existencia. [...] (ARENAS, 1997, p. 23).

Las dificultades que el escritor cubano encuentra para descubrir informaciones sobre fray Servando, revelan su olvido y la poca atención con la que los historiadores lo trataron. Casi al final del prefacio, Arenas sintetiza la situación del religioso mejicano en los siguientes términos: “Estás, querido Servando, como lo que eres: una de las figuras más importantes (y desgraciadamente casi desconocida) de la historia literaria y política de América. Un hombre formidable. [...]” (ARENAS, 1997, pág. 24).

Se nota, de ese modo, que la preocupación de Arenas es proceder a un rescate del fray mejicano por medio de la ficción. Además de ese objetivo, rescatarlo del olvido, se verifica que el libro se estructura como una narrativa de aventuras, cuyo personaje central es caracterizado como un héroe que no se deja corromper por los poderosos y sus acciones siempre se destinan a garantizar su proyecto de asegurar la libertad de las colonias americanas.

Para sedimentar el estatuto heroico del fray, son empleados algunos artificios, tales como el uso de la categoría del realismo mágico, la intertextualidad, la fragmentación discursiva con la utilización de tres narradores (yo, tú y él) y la recreación de figuras históricas que convivieron con el religioso durante el siglo XVIII. Según Pulido Herráez (2004, pág. 97)

*El mundo alucinante* es de las pocas, quizá la única novela de las llamadas nuevas novelas históricas, elaborada a partir de la copia-transformación de otro relato, en este caso uno de carácter autobiográfico. Esta parodización supone el rescate para el presente de la enunciación de un documento cuya principal característica es ser la expresión de una víctima de los excesos del poder, un desterrado, un condenado al exilio por razones injustas, un perseguido por defender la causa de la libertad y la independencia. Al mismo tiempo se rescata y parodiza (se reelabora) el género autobiográfico en su dimensión apologética. La parodización del yo se consigue por la multiplicación de la voz enunciativa, por la transformación del yo autobiográfico en un yo pícaro [...] y por la inserción en el discurso parodiado de lo fantástico desenfrenado, lo hiperbólico, lo grotesco y el absurdo.

Siendo así, la categoría del realismo mágico hace posible que la magia, lo extraordinario, lo sobrenatural sea incorporado a la realidad ficcional sin que eso llegue a causar cualquier inquietud o duda en el espíritu del lector, como acontece con la narrativa fantástica de Julio Cortázar (1914 – 1984), Franz Kafka (1883 – 1924), Edgar Allan Poe (1809 – 1849). En la novela de Arenas, Servando llega a la ceremonia, en la que predicará el sermón que cambiará su destino para siempre, de una forma inusitada:

[...] hizo su entrada fray Servando [...]. El arzobispo lo vio llegar montado sobre una escoba en llamas y por poco da un grito. [...] Fray Servando se bajó del vehículo [...]. [...] El predicador puso en duda la aparición de la Virgen de Guadalupe tal como la referían los españoles y la trasladó a tiempos remotísimos: cuando la llegada del Mesías, quitando de esta manera toda razón que justificara la presencia de los españoles en tierras ya cristianas antes de su llegada. (ARENAS, 1997, pág. 64).

La entrada espectacular del fray en escena, montado en una escoba, podría ser encarada como algo negativo, relacionado con el universo de las brujas y del mal. Sin embargo, el contenido del sermón proferido por el personaje se reviste de una característica bastante positiva, ya que Servando osa enfrentar a la metrópoli española y

contradice y desmiente las razones por las que ella alegaba estar en América, o sea, para cristianizar a sus habitantes.

En otros pasajes de la novela, nuevamente, observamos el empleo del realismo mágico, cuando el fray huye de la prisión de Las Caldas, en Cádiz:

[...] Así que cogí el paraguas y me encaramé en la ventana. [...] Yo ya iba por los aires y abajo veía las piedras que se restregaban unas con otras [...]. [...] El paraguas se me viró al revés, y ya bajaba más rápido de lo que deseaba, hasta que una corriente de aire elevó de nuevo mi artefacto y fui a parar a las nubes, sin dejar de soltar el cabo de mi nave y temeroso de que en cualquier momento se trozase y yo cayera haciéndome añicos. Pero el caso fue que cogí más impulso y seguí elevándome, y ya no vi ni el convento ni los castillos abandonados, que es lo único que hay en toda España. Y cuando vine a darme cuenta estaba introduciéndome sobre la región del mar. Sin pensarlo más di un tirón al paraguas, y salí disparado rumbo a la tierra, cayendo encima de una manga de sauces; rompiendo gajos y arrancando hojas rodé hasta el techo de tejas de una casa costera. (ARENAS, 1997, pág. 101).

Servando escapa de la prisión agarrado al mango de un paraguas, un acontecimiento que se hace verosímil por la utilización del recurso del realismo mágico, que hace posible que lo inverosímil se transforme en verosímil, verídico, dentro del universo de la ficción. Así, el fray puede sobrevolar castillos, zigzaguear en el tiempo y en el espacio, pues su estatuto heroico está garantizado y asegurado por las innovaciones y osadías formales que son empleadas para describir sus acciones y su trayecto dentro de la narrativa.

Siguiendo el ejemplo de todos los héroes que conocemos, el fray también posee un antagonista que no le da tregua —el temible Francisco Antonio León- oficial relacionado con la corte española y encargado de aprisionarlo:

—Yo, que soy de noble familia y solar conocido, soy perseguido por una rata sucia como lo es ese covachuelo de León, cuyo nombre bien se le ajusta. Y aunque soy enemigo de la violencia, no veo otras posibilidades para mí, y para el bien de mis ideas que eliminarlo. Muerta esa alimaña que me persigue, sin siquiera saber cuáles son mis ideales y solamente por coger la paga que constantemente le envía la otra rata de Haro y Peralta, podré yo al fin trabajar en lo que constituye mi fuerte y mi mayor anhelo: *la independencia de mi tierra*. Y mientras no se mate a ese covachuelo no tendré paz, y no me sentiré libre. Porque no lo estaré. Porque a cada paso me parece que está observándome. A cada momento me parece estar viéndolo acercárseme para conducirme a la reja y a la pudrición en la galera. Pues él no quiere más que mi muerte. [...] (ARENAS, 1997, pág. 140, itálica del autor).

El personaje León es asociado al término “rata”, que metafóricamente lo caracteriza como un ser cobarde, que abusa de su poder para conseguir aprisionar al fray mejicano.

La persecución iniciada por el personaje León recorre toda la novela e impulsa la narración. En varios segmentos del relato ficcional, Servando es aprisionado gracias a las acciones perpetradas por su incansable perseguidor. Sin embargo, ninguna prisión

es capaz de detener al religioso mejicano que, cuando vislumbra cualquier posibilidad, trata de huir y es tiene éxito en sus intentos, ya que es movido por un interés y un objetivo que irá a beneficiar a todas las naciones americanas que se encuentran bajo el dominio de la nación española.

La narración de las aventuras de Servando Teresa Mier, en diversas ocasiones, se fragmenta por la utilización de tres narradores, en primera, segunda y tercera personas, ofreciendo una visión plural de las acciones del personaje:

Anteriormente me habían amenazado con mandarme a la hoguera, me habían dado la noticia de mi despatriación, me habían quitado todos mis títulos y méritos religiosos, pero ninguna de esas órdenes me entristeció tanto como aquella voz que indiferente, y hasta con desprecio, me decía: “Saldrás para Las Caldas”, sin enfado, como si yo fuera una ficha o un trapo que se puede tirar en cualquier sitio... (ARENAS, 1997, pág. 74-75).

Cayendo el día lo llevaron hasta el buque *La nueva empresa*. Lo hicieron descender por escaleras sin escalones, y en el último fondo del barco lo tiraron en una bartolina peor que la de San Juan de Ulúa, donde cientos de olores infernales se confundían hasta producir un solo hedor terrible. [...] (ARENAS, 1997, pág. 76).

Y saliste a bordo de *La nueva empresa* del puerto de Veracruz.

[...]

Y viste alzarse las olas y estrujarse las velas. Y te sentiste tranquilo ante aquel peligro que no te pertenecía por ser común a todos.

[...]

Y tú en la quilla sujetando con una sola mano las velas.

Y tú oyendo el retumbar del cordaje.

Y tú contemplando la impotencia del hombre ante la potencia de los elementos. (ARENAS, 1997, pág. 83).

En los pasajes que estamos observando, los tres narradores ofrecen detalles del encarcelamiento de Mier y de su viaje en el navío *La nueva empresa*. Inicialmente, el propio fray relata las injusticias y atrocidades de las que fue víctima y, en la secuencia, los demás narradores se centran en el viaje del navío y enfatizan el heroísmo de Servando al enfrentar el mal olor de la embarcación y la situación de calmaría que lo envuelve. En el tercer fragmento, aunque el mar esté revuelto, él experimenta una sensación de libertad en el medio del océano, aunque su situación como prisionera permanezca constante en los tres fragmentos mencionados.

De esta forma, podemos constatar que el empleo de tres narradores comprueba también que “la intención de Arenas es captar la realidad desde diferentes puntos de vista, no encasillarla, no someterla a un único modo de percepción sino abrirla” (PULIDO HERRÁEZ, 2004, pág. 89), ofreciendo diferentes versiones de los acontecimientos históricos y también del fray dominico.

Además de los ejemplos ya comentados, la recreación de diversas personalidades de la época, tales como el arzobispo de Méjico don Alonso Núñez de

Haro y Peralta (1730 – 1800), el rey de España Carlos IV (1748 – 1819), el emperador francés Napoleón Bonaparte (1769 – 1821), el escritor F. René de Chateaubriand (1768 – 1848), Horacio Nelson (1758 – 1805), Benjamín Constant (1767 – 1830), entre otros, sirve como contrapunto en relación a la figura de Mier, ya que todos esos personajes citados son mostrados como corruptos, cobardes e, incluso, como seres apáticos (como es el caso de Chateaubriand). Frente a tales personajes, Servando se destaca y sobresale porque no se deja abatir, actúa en todo el relato y, al final de sus peripecias, logra alcanzar su objetivo y pasa a ocupar el nivel heroico que la historiografía oficial le había negado. La ficción se encarga de recrearlo y rescatarlo, otorgándole una posición central dentro de los acontecimientos de la independencia de las colonias americanas y termina inmortalizándolo como a un verdadero héroe, que merece estar al lado de las grandes figuras de América Latina, tales como Simón Bolívar (1783 – 1830), Lucas Alamán (1792 – 1853), Simón Rodríguez (1771 – 1854).

La “rentabilidad” poética que se verifica en la novela de Arenas puede ser comprobada también por el hecho que Mier surge como personaje en *La isla de Robinson* (1982), de Arturo Uslar Pietri, una novela que consideramos fundamental en las letras latinoamericanas y, por ese motivo, procederemos a una comparación entre las dos recreaciones del fray mejicano, la de Uslar Pietri y la de Reinaldo Arenas, con el objetivo de destacar su perfil ficcional en los relatos del escritor venezolano y del cubano.

En *La isla de Robinson*, de Arturo Uslar Pietri, publicado por primera vez en 1981, Mier aparece como personaje secundario. El protagonista de esa obra es Simón Rodríguez, que fue maestro de Simón Bolívar, cuando él era un niño. Además, de esos personajes históricos ya mencionados, hay otros que también participan de la trama novelesca. Entre ellos, podemos destacar a Alexandre von Humboldt, Napoleón Bonaparte, Carlos IV, María Luisa, Manuel de Godoy, Fernando VII, Francisco de Miranda, Andrés Bello, José María Blanco White, F. René de Chateaubriand.

Esas figuras sirven para fijar la época en la que se desarrollan los acontecimientos narrados. Las personalidades que citamos antes también son las mismas que actúan en *El mundo alucinante*, ya que Servando Teresa de Mier y Simón Rodríguez son contemporáneos, vivieron experiencias semejantes y fueron activos participantes de la lucha por la independencia de las colonias americanas.

La obra Arturo Uslar Pietri posee cuarenta y tres (43) capítulos, que no están numerados, ni reciben cualquier título, pero el lector percibe claramente la división en

partes debido al espacio que instituye cada uno de ellos. La presencia del fray Servando domina el tercer y el cuarto capítulo de *La isla de Robinson*, aunque el personaje sea mencionado en otras partes.

El fray es introducido en el escenario novelesco de *La isla de Robinson* cuando Simón Rodríguez, obligado a salir de Caracas por intrigas políticas, llega a Francia, tumultuada por la revolución que puso fin a la monarquía y por los ideales de libertad, igualdad y fraternidad que animaban e impulsaban la voluntad colectiva. Hay un clima de exaltación y euforia que contagia a los franceses, cuando Simón Rodríguez llega a París, como se desprende por el siguiente pasaje de la obra:

Tres días de diligencia dando tumbos por caminos terrosos, llenos de baches, hasta entrar, una tarde, en aquella increíble extensión de ciudad. [...] Calles y calles llenas de gentes y de carruajes, interminables filas de altas casas, palacios, portales, plazas, árboles, jardines y un ambiente de feria sin término. [...] En la fachada de las iglesias cerradas aquella increíble frase: “Bien nacional. Propiedad nacional en venta”. Podría cualquiera comprarse una iglesia. ¿Para qué? Para poner una escuela por ejemplo. Junto a él, en la diligencia, había venido aquel nervioso y ocurrente sacerdote mexicano. Servando le decía él. Fray Servando Teresa de Mier. (USLAR PIETRI, 1982, pág. 36).

Es un ambiente de extrema agitación que el narrador caracteriza como movimientos de feria sin fin, que ocurre el encuentro de Mier con Simón Rodríguez. Este personaje constata la pérdida del poder de la iglesia, porque, después de la revolución, sus representantes son encarcelados, otros huyen y los templos pasan a ser vendidos. Para Rodríguez la compra de una iglesia podría ser útil para transformarla en una escuela. Es más, el protagonista de la novela de Arturo Uslar Pietri cree que la única independencia posible para América solo se realizaría con el acceso de todos a la educación. Esta (en un sentido más estricto a instrucción) es una obsesión que persigue al maestro de Bolívar, aunque el humanista fracasase en sus intentos de implantar proyectos educacionales. Con Servando, Simón Rodríguez comparte el sentimiento de ver la tierra americana libre del dominio español.

Enseguida, en las primeras escenas en las que Mier surge en la narrativa, el narrador resalta el hecho que dominó y transformó la vida del fray dominico: el sermón en honra a la Virgen de Guadalupe. El referido sermón es un tema recurrente en la acción del fraile, al que retornará en diversos momentos, defendiendo la idea que el cristianismo ya existía en América antes de la llegada de los españoles.

La novela de Arturo Uslar Pietri, siguiendo el ejemplo de lo que ocurre con la de Reinaldo Arenas, toma la polémica del sermón pronunciado por Mier el 12 de octubre

de 1794 como eje central de la narrativa, volviendo a fabular los datos establecidos por la historiografía:

No era pensable que la Providencia Divina hubiera permitido que una cuarta parte del mundo permaneciera privada del Evangelio hasta quince siglos después de la muerte de Cristo. Los españoles hallaron impresionantes recuerdos y huellas del cristianismo en ritos, palabras y hasta cruces. Era prueba de que había habido una prédica anterior a la llegada de los misioneros. Tuvo que ser uno de los Apóstoles. Servando afirmaba: “No son majaderías mías, es convicción fortalecida con pruebas de los estudiosos más eruditos”. Citaba los nombres de todos aquellos que desde la conquista habían señalado esas extrañas coincidencias. (USLAR PIETRI, 1982, pág. 37).

El narrador en tercera persona “cede” la palabra a Servando, que pasa a defender sus ideas, incluso afirmando apoyarse en otros autores, aunque no se mencione en *La isla de Robinson* uno de los estudiosos que ofrecen los elementos esenciales del sermón, José Ignacio Borunda (1740 - 1800), un abogado que

...retomó gratuitas suposiciones [...] que imaginaba que Quetzalcóatl era Santo Tomás apóstol, y creyó haber confirmado en etimologías y jeroglíficos [...] que el apóstol Santo Tomás había cristianizado personalmente aquellas tierras quince siglos antes de su descubrimiento por los españoles, y que además la Virgen de Guadalupe no está pintada sobre la tilma de Juan Diego, sino sobre la capa de Tomás, apóstol de México, [...]. [...] Borunda escribió una alucinada *Clave historial*, en la que se inspiró el fraile dominicano Servando [Teresa de Mier Noriega y Guerra] para componer el famoso sermón que pronunció el 12 de diciembre de 1794 en la Insigne y Real Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe [...].<sup>1</sup>

Cuando Mier defiende que América ya había sido cristianizada antes de la llegada de los españoles, deja patente que la presencia de ellos en el continente era una invasión indeseada e innecesaria. De acuerdo con las ponderaciones del fray, el apóstol Tomás fue el responsable por la difusión de la religión católica entre los indios, proposición que se teje en estos términos:

La palabra Tomé existía en la lengua náhuatl. El apóstol Santo Tomás había venido a América, en cumplimiento del mandato del Señor, a predicar la fe. Los indios lo reconocieron como un enviado sobrenatural y lo llamaron Quetzalcóatl, la Serpiente emplumada. Conocieron entonces la cruz, el Salvador y la Virgen Madre. A la Virgen la llamaron Tonantzin y le consagraron un santuario en Tepeyac. ‘Qué no era posible en aquellas tierras asombrosas. La imaginación y la realidad se mezclaban. ¿Quién conocía la realidad? Todo podía ser milagro.’ No atrevió a decírselo al cura transido. El evangelio fue predicado en América al mismo tiempo que en el resto de los otros continentes. Desde el siglo I de la Era Cristiana por Santo Tomás – Quetzalcóatl. ‘Fue lo que dije en el propio santuario de la Guadalupe en el sermón que me costó la condenación de los Inquisidores y la expulsión de mi patria.’ (USLAR PIETRI, 1982, pág. 37).

Es notable en el fragmento citado el sincretismo religioso que ocurre entre los dioses indígenas Quetzalcóatl y Tonantzin y los mitos católicos Santo Tomás y la Virgen de Guadalupe, lo que se asocian y se unifican, transformándose Santo Tomás en

---

<sup>1</sup> Disponible en: <http://www.filosofia.org/ave/001/a300.htm>. Acceso realizado el: 7 septiembre de 2011.

Quetzalcóatl y Nuestra Señora de Guadalupe en Tonantzin. Esa fusión es posible pro ser América un espacio privilegiado de imaginación, como pondera el personaje Simón Rodríguez, un territorio de posibilidades abiertas, donde lo extraordinario y lo cotidiano se imbrican frecuentemente.

Además de compartir los ideales revolucionarios por la causa de la Independencia, Servando y Simón Rodríguez se dedican a la tarea de enseñar español en Europa y a traducir la obra *Atala*. A pesar que, fuera del ámbito poético, los críticos no descubran si la traducción fue una actividad conjunta o efectuada individualmente por Mier o Simón Rodríguez, en la novela de Uslar Pietri el narrador establece que la traducción fue un esfuerzo conjunto, en el que los recuerdos del fray y de Simón Rodríguez contrastan con el universo ficcional creado por Chateaubriand para narrar el idilio amoroso de los indios Chactas y *Atala*. Las experiencias de los traductores en relación con los indígenas son idealizadas, casi divinizadas, teniendo muy poco o nada que ver con los indios americanos con los que ambos habían establecido contacto. De cualquier forma, queda claro que la intención de los traductores es transformar la obra de Chateaubriand en un texto más accesible para aquellos que frecuentaban las aulas de español. Por otro lado, el mantenimiento de la duda sobre quién –efectivamente- realizó el trabajo demuestra que lo más importante, en Uslar Pietri, es hacer evidentes los eslabones que unieron a los dos personajes históricos de gran relevancia para América Latina.

Aún sobre el episodio de la traducción, podemos afirmar que Arturo Uslar Pietri parodió un pasaje de *El mundo alucinante* en el que Servando y Simón Rodríguez venden el primer volumen traducido de *Atala* de Chateaubriand: “Pero al fin terminamos la traducción, y el primer ejemplar se lo vendimos al mismísimo vizconde, que acertó a pasar por allí” (ARENAS, 1997, pág. 173). En la novela del escritor venezolano, ese mismo acontecimiento es retomado:

Ahora estaba ante ellos aquel hombre todavía joven y tan ceremonioso. Se había presentado de improviso a buscar la obra. Hojeó el librito con curiosidad. Se excusó de su escaso conocimiento del español. No era ahora, era entonces. [...] Pero era aquel ahora el que había que evocar.

Servando y él (Simón Rodríguez) se arrebataban el elogio de la obra. Les parecía un libro de belleza extraordinaria, escrito como con música. Había, tal vez, que ser un hombre como aquel para haber visto todo aquello en el indio. Servando y él nunca hubieran podido describirlo así. [...] Había que ser un francés, [...] para haber podido tener aquella visión del indio. [...]

‘Señor Vizconde, ha sido un gran honor.’ Se inclinaron los dos en una reverencia. El Vizconde sonreía amablemente. (USLAR PIETRI, 1982, pág. 42).

Frente a Chateaubriand, Mier y Simón Rodríguez adoptan una postura servil, exaltan al indio retratado por el escritor francés mientras se declaran incapaces de “ver” aquellas cualidades que él les atribuía a los personajes de su libro. Merece destaque también, en el fragmento citado, la reacción simpática y amable de Chateaubriand con los traductores de su obra. La escena transcripta dialoga con aquella ocurrida en el capítulo XIX de *El mundo alucinante*, pues, en ambas narrativas, Chateaubriand adquiere un ejemplar traducido de su libro *Atala*. Sin embargo, el autor francés es retratado de manera más positiva en *La isla de Robinson*. Él es venerado y admirado por la dupla de traductores. En *El mundo alucinante*, su fisonomía triste y melancólica hace que Mier lamente el hecho de haberlo conocido: “Hubiera sido mejor no haber hecho amistad con él.” (ARENAS, 1997, pág. 176) De manera diferente de la novela de Arenas, en la que la figura de Servando Teresa de Mier se sobrepone a los demás y se destaca, en el libro de Arturo Uslar Pietri el fray es redimensionado, asume una posición subalterna y mucho más humilde en relación a Chateaubriand.

En el inicio del cuarto capítulo de *La isla de Robinson*, Servando Teresa de Mier es descrito detalladamente por el narrador. Observemos su descripción:

No había perdido aquel aspecto de hombre de otra parte. Entre los elegantes con sus casacas de colores y sus bicornios emplumados él se destacaba como una mancha, con el mismo viejo saco deforme, el sombrero pingoso, los cabellos en desorden, los anteojos turbios y el paso lento, con las manos a la espalda. Podía pasar por entre los grupos que hacían tertulia en las aceras, tropezar con hombres y brazos de transeúntes, sentarse en una silla de café a leer por horas una gaceta, sin que nadie lo conociera ni se acercara a hacerle conversación. Ciertamente estaba tan solo como Robinson en la isla. (USLAR PIETRI, 1982, pág. 43).

Mier es caracterizado como extranjero, como alguien que vive en el exilio. El aspecto de “hombre de otra parte” resalta su condición itinerante, hecho que se comprueba con la partida del fray, en la continuación del cuarto capítulo. Merece que sea observada, también, la figura desalineada del fraile con los “cabellos en desorden”, “anteojos turbios”. Su imagen queda reducida a un anónimo en la multitud, cuya soledad es la misma que invade a Simón Rodríguez. La metáfora del hombre – isla expresada en la comparación del narrador entre Mier y Rodríguez equipara a los dos personajes, que padecen el mismo sentimiento de exclusión en tierras extranjeras.

En contrapartida, vale enfatizar que, en *El mundo alucinante*, “el signo de Servando es el de la persecución y la búsqueda de la libertad” y, como una figura heroica, “logra el hecho americano, la independencia, pero también inaugura los viajes del destierro y deja escritas las memorias de sus itinerarios” (PULIDO HERRÁEZ, 2004, pág. 91), revelando un ser complejo, cuyas cualidades se sobrepone a sus

defectos y lo capacitan a ocupar el lugar que le es merecido y que la historiografía oficial de América Latina le había negado.

Es importante subrayar que, en la novela de Arturo Uslar Pietri, Servando Teresa de Mier es retratado como un simple religioso, perseguido injustamente en su país por las ideas defendidas en el sermón en honor a la Virgen de Guadalupe. La trama, lineal, sigue el padrón de las novelas “realistas”, dando lugar a muy pocas innovaciones formales. Por otro lado, la ficcionalización del fraile en el libro de Reinaldo Arenas se reviste de una gran riqueza de matices, debido a las técnicas innovadoras empleadas en su re-figuración. Enfatizamos que el personaje de Uslar Pietri se acomoda al modelo de la representación realista, mientras que el de Reinaldo Arenas es un personaje cuya invención se procesa con los recursos inherentes a la narrativa post moderna, los que hacen posible su redimensionamiento y revitalización y, simultáneamente, su inserción en los dominios del héroe, que es dotado de habilidades y características sobrehumanas, capaz de vencer a todo y a todos para concretizar sus objetivos.

## Referencias

ANDERSON IMBERT, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 3. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.

ARENAS, Reinaldo. *El mundo alucinante*. Una novela de aventuras. 2. ed. Barcelona: Tusquets Editores, 1997.

BOTOSO, Altamir. *A reescritura da história em O mundo alucinante, de Reinaldo Arenas*. Bauru: Canal6, 2010.

JOSÉ IGNACIO BORUNDA. In: <http://www.filosofia.org/ave/001/a300.htm>. Acceso realizado el: 7 septiembre de 2011.

MIER, Fray Servando Teresa de. *Ideario político*. Prólogo, notas y cronología de Edmundo O’Groman. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, v. 43.

MORA VALCÁRCEL, Carmen de. Fray Servando Teresa de Mier en Los Toribios de Sevilla. *Actas V - Jornadas de Andalucía y América*. Universidad Internacional de Andalucía. Disponible en: <http://dspace.unia.es>. Acceso realizado el: 3 septiembre de 2011.

PULIDO HERRÁEZ, María Begoña. El mundo alucinante de Fray Servando Teresa de Mier y la caricatura fantástica de la historia. *Clio*, Nueva Época, num. 32, 2004, p. 85-104, v. 4.

USLAR PIETRI, Arturo. *La isla de Robinson*. Barcelona: Seix Barral, 1982.